

El Catalizador de las Grasas

Por Ethan Damiani

Él ya estaba harto de la imagen en el espejo, de ese retrato de morbilidad que poco a poco destruía su egocentrismo. “Han sido días difíciles, han sido días estresantes” pensaba excusándose cada vez que se dirigía a la nevera y consumía toda comida grasosa que se pudiera esperar; hamburguesas, hot dogs con chili, pizza con extra queso y tacos de chicharrón eran solo un tentempié para sus faenas más ligeras. Donde antes existían músculos de deportista ahora solo se podían encontrar enormes depósitos de adipocitos, y donde antes había una respiración ágil ahora solo se hallaba un aliento de lentitud y sedentarismo. Jungey ya no se percibía como alguien fuerte y guapo sino como un tipo viejo que, a pesar de tener dinero, vivía atrapado en un capullo de grasa, y aunque él culpaba a la presión del trabajo, el tráfico matinal y a la comida calórica, muy en el fondo de su psique él sabía que la razón de su condición se hallaba en su falta de diligencia para alimentarse de manera adecuada. Sus compañeros le recomendaban realizar dietas, ir al gimnasio o tomar vitaminas, pero Jungey los ignoraba apelando que eso le tomaría tiempo de más, elemento que le faltaba en su compactada vida de asalariado. Él sabía que con las avances biotecnológicos pronto encontraría la forma de deshacerse de los kilos de más, él sería el primero en obtener dicho remedio, sin importar el costo.

Una noche terminó su jornada más tarde de lo acostumbrado. Jungey, molesto y cansado por la inmensa carga de trabajo, decidió abordar su auto para dirigirse a *Inn Come Lonnd*, el lugar favorito de Jungey para comer y el centro de comida rápida más grande de la ciudad. Los intensos letreros de neón donde se dibujaban burritos, mariscos y helados dejaban ciegos los ojos de Jungey a la vez que en su estómago el apetito se abría paso poco a poco. Al final decidió ordenar unos dedos de queso marinados, una hamburguesa con salsa búfalo y un pay de limón.

La comida fue fantástica, él no paro ni un segundo de comer, toda la comida se evaporo en un instante, lo único que quedo fueron los restos de comida en los dedos de Jungey, pero no duraron mucho pues al final él termino por chuparlos sin dejar ni un milímetro de alimento sobre su piel. Se levantó de su flotante mesa y se dirigió a los basureros con el objetivo de vaciar su charola. Cuando regresó a su mesa para sentarse a digerir un rato la comida se percató de la existencia de un folleto de cupones —Genial, al fin supieron apreciarme como cliente frecuente— mencionó Jungey con su gruesa voz a la vez que tomaba el folleto y lo metía en su gris saco. Pasados unos minutos el hombre levanto su voluminoso cuerpo de su brillante asiento y se encaminó a su auto, estacionado sobre una estación levitante.

Jungey llegó a su casa con una especie de remordimiento, como si en el fondo de él una chispa indeseable se estuviera manifestando. Dejó sus cosas en el sofá y se fue al baño a mirarse en el espejo, de nuevo estaba ahí la figura del hombre gordo, el reflejo que lo incomodaba y que tanto lo hacía sentirse ajeno de su cuerpo. Apoyó las manos sobre el lavabo, miró una vez más al espejo y bajo su cabeza en sentido de sumisión, “¿Por qué no puedo parar de comer de esta manera? ¿Dónde quedo mi atlética figura?” pensaba con los ojos cerrados, rendido en el lavabo.

Regresó a la sala, encendió la televisión y dejo caer su cuerpo en el sillón. Pasados 5 minutos de infructuosa navegación, Jungey comenzó a sentir una incomodidad en forma de caliente y picante sudor, por lo que decidió quitarse su saco y ponerlo en el perchero. Tras colocar la prenda se percató de una colorida hoja que resbalaba de uno de los bolsillos del saco, se trataba del folleto con los cupones. —No, ya no seré parte de este consumismo que me hace ver obeso— gruñó Jungey al mismo tiempo que pescaba el folleto y se encaminaba con él a la basura. Después de verter los cupones Jungey se quedó apreciando el bote de basura, su intención consciente era dejar esos cupones pudriéndose pero en realidad quería tomarlos y usarlos cada día

de la semana, después de todo en cualquier momento podría darle un paro cardíaco. “Bueno, hay que disfrutar la vida” pensó mientras rescataba el folleto y lo llevaba a la mesa para ver las ofertas.

Hubo una que llamó la atención de Jungey al instante, dibujando una sonrisa en su pálido rostro, no se trataba de un alimento sino de una solución para su exceso de alimentos. El remedio biotecnológico que siempre espero ahora era una realidad impresa en un anuncio: *“La solución más pequeña para su problema más grande ya esta aquí: BINAI (Biological Nano-Artificial Intelligence) un producto revolucionario y científicamente comprobado. Este innovador remedio, desarrollado por la división médica de la Corporación ARKMEV, le ofrece al usuario un adelgazamiento por completo saludable, sin necesidad de ejercicio o dietas. Solo consume su BINAI y este actuara en su glándula tiroides y en todo su sistema digestivo con el fin de día tras día eliminar los kilos que usted desee. Y no se preocupe por nada pues usted puede monitorear el funcionamiento del dispositivo desde su computadora o su celular. ¿Qué espera para adelgazar con nuestra tecnología de punta? ¡Pídalo ya y obtenga un 10% de descuento en su primera compra!*

Jungey se quedó anonadado por el anuncio del folleto y sin dudar tomo su celular para marcar al número que aparecía en la esquina de la página. Ordenó el producto con especial júbilo pues a pesar del exorbitante precio, él tenía la plena seguridad de haber realizado la compra más inteligente de su vida. Toda esa madrugada Jungey se quedó viendo la televisión acompañado de palomitas bañadas en salsa picante y un refresco de medio litro. A la mañana siguiente en el celular del hombre se hizo presente la notificación que anunciaba la llegada del artefacto, cuando él vio el mensaje se levantó de la cama emocionado, y con pasos atropellados bajó a la puerta de su edificio para recibir el paquete. La pequeña caja cuadrangular yacía en el piso solitaria,

coronada por un código QR dibujado bajo el logo de la compañía ARKMEV, la creadora del BINAI. Jungey aún en pijama subió eufórico las escaleras, a pesar de que siempre usaba el elevador, y con cada piso que ascendía admiraba más y más el paquete, se presumía a él mismo que cuando regresara a su condición musculosa podría subir y bajar todos los días las escaleras.

Ya en su apartamento Jungey hizo a un lado toda la basura de la comida chatarra en la mesa con el objetivo de otorgarle espacio a la caja. Tomó unas tijeras y agarró su celular con el objetivo de escanear el código QR de la caja, el escaneo lo llevó a la página oficial del BINAI donde se describían los pasos para usar el dispositivo amén de los términos y condiciones de uso, los cuales Jungey aceptó sin leer. Las instrucciones para usar el artefacto eran: *Paso 1. Descargue la aplicación desde esta página. Paso 2. Abra la aplicación, deposite sus datos personales y coloque sus huellas dactilares. Paso 3. Tome el dispositivo BINAI usando las pinzas que vienen en el empaque e ingiéralo junto con agua. Paso 4. Espere hasta que la aplicación detecte al BINAI. Paso 5. Maneje su peso usando el controlador de la aplicación. Paso 6...* —Con eso tengo, no veo la necesidad de seguir las demás instrucciones—. Mencionó Jungey adelantándose hacia el botón de descarga al final de la página del BINAI.

Jungey siguió los pasos 1 y 2, y cuando llegó el momento de ejecutar el paso 3 abrió la caja con las tijeras y se encontró con unas pinzas del tamaño de su dedo pulgar al lado de una pequeña caja transparente envuelta en papel burbuja, arrancó el papel burbuja y abrió el contenedor, ahí dentro reposando sobre un cojín azul se encontraba un chip ovalado, su aspecto era como el de un frijol bañado en plata. Ya con el vaso medio lleno de agua en su mano izquierda, pescó con las pinzas el ínfimo ovalo y lo arrojó a su boca, repleta de la otra mitad de agua, tragó y sintió como el pequeño dispositivo se deslizaba por su garganta en dirección a su esófago. Tras eso se dirigió al sillón y espero muy contento a que la aplicación detectara el

nanochip. —No puedo esperar para volver a tener esos abdominales— dijo a la vez que, nervioso, miraba su celular. 5 minutos después la aplicación detectó al dispositivo, 10 minutos después Jungey apreciaba unos pulidos y brillantes músculos en su baño, 15 minutos después se escucharon convulsiones y violentos golpes, 20 minutos después un hilo de sangre, mezclada con grumos cerosos, fluía desde la habitación del sanitario. ¿Qué había sucedido?

Pues Jungey ignoró que el BINAI catalizaba los lípidos de una manera, que si se hacía muy rápido, podía rasgar de forma mortal los tejidos musculares, pues el pequeño dispositivo funcionaba como una centrifugadora sanguínea que lentamente separaba las moléculas de grasa de todas las partes del organismo usando la linfa de la glándula tiroides como zona activa de la enzima que desprendía el BINAI. Pero él, en su cegada emoción y deseo por volver a ser delgado y fuerte se saltó el paso número 6: *Para evitar problemas como vómitos, nauseas, diarrea, coágulos o lesiones musculares, favor de mover día tras día el controlador de manera mesurada, puesto que el cuerpo humano aún no puede acostumbrarse a una pérdida de peso súbita. Si el usuario ignora esta instrucción BINAI y la Corporación ARKMEV se deslindarán de todo daño mortal que pueda ocasionar el dispositivo.*